

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA  
FACULTAD DE TRADUCCIÓN Y DOCUMENTACIÓN  
GRADO EN TRADUCCIÓN E INTERPRETACIÓN  
Trabajo de Fin de Grado



# LA «NEUTRALIDAD» EN LA INTERPRETACIÓN

Un análisis desde el constructivismo radical  
de Ernst von Glasersferld

Katia Mogán Roncero  
Tutor: Manuel de la Cruz Recio

Salamanca, 2016



**Resumen:** La «neutralidad» del intérprete es un concepto que aparece recogido en los códigos deontológicos de la profesión. Sin embargo, no se proporciona una noción clara de lo que es neutral, lo que nos impide aceptar la validez del término. Por ello, se tratará de analizar cuatro variables principales que provocan la pérdida de la «neutralidad» en la comunicación, entendida esta como la capacidad del intérprete de no favorecer a ninguna de las partes de la misma. Nos basaremos en un enfoque constructivista radical, desarrollado por el filósofo y científico alemán Ernst von Glasersfeld, que enunció que no existe una realidad objetiva, sino que cada individuo construye su cosmovisión a partir de sus experiencias únicas e intransferibles. Nuestros objetivos serán probar la no existencia de la «neutralidad» según su uso actual, proponer una definición más clara del concepto, mostrar que el intérprete ejerce un papel principal en la comunicación y, finalmente, proporcionar una respuesta a la cuestión de si es posible aspirar a algo similar a esa neutralidad que aparece en los códigos deontológicos. Todo ello nos permitirá, por último, fomentar un conocimiento más preciso de la profesión de cara a la sociedad.

**Palabras clave:** neutralidad, interpretación, constructivismo radical, realidad, variables, comunicación, idioma, sonido, cultura.

**Abstract:** An interpreter's neutrality is a concept that appears in this profession's codes of conduct. However, we do not have a clear notion of what neutral is. This prevents us from accepting the term's validity. For this reason we are going to analyze the four main variables 'that cause the loss of "neutrality" in communication. By "neutrality" we refer to the interpreter's ability not to favor any of the involved parts. This research will be based on a radical constructivist approach, which was developed by the German philosopher and scientist Ernst von Glasersfeld. He outlined the absence of an objective reality, given that each person builds its world view from their unique and non-transferrable experiences. Our goals will be the following: to prove the absence of "neutrality" according to its current use, to propose a clearer definition of the term, to show that interpreters have a leading role in communication and finally, to provide an answer to the question "is it possible to aspire to something similar to that neutrality that appears in codes of conduct?" At last, this will allow us to promote a deeper knowledge of this profession towards society.

**Key words:** neutrality, interpreting, radical constructivism, reality, variables, communication, language, sound, culture.

## Índice

<b>1. Introducción</b>	<b>2-9</b>
1.1. Hipótesis	5-7
1.2. Motivación	7
1.3. Objetivos	7-8
1.4. Metodología	8-9
<b>2. Estado de la cuestión</b>	<b>10-34</b>
2.1. El constructivismo radical	10-14
2.2. El constructivismo radical en interpretación	14-18
2.3. Análisis de variables	18-34
2.3.1. Variable comunicativa	18-22
2.3.1.1. Semántica	18-20
2.3.1.2. Función	20-21
2.3.1.3. Intencionalidad	21-22
2.3.2. Variable idiomática	23-24
2.3.3. Variable sonora	24-29
2.3.3.1. Características	25
2.3.3.2. La voz	25-26
2.3.3.3. Neutralidad en el sonido	26-29
2.3.4. Variable cultural	29-34
2.3.4.1. Narrativas	30
2.3.4.2. Identidad	30-34
2.3.4.2.1. Domesticación y extranjerización	31-34
<b>3. Conclusiones</b>	<b>35-38</b>
<b>4. Bibliografía</b>	<b>39-40</b>

## 1. Introducción

El presente trabajo se enmarca en el contexto de la interpretación, en concreto vamos a tratar en él un aspecto en el cual, en nuestra opinión, no se hace suficiente hincapié tanto a nivel profesional como didáctico, y es el tema de la «neutralidad».

Diversos códigos deontológicos, que son los encargados de marcar las pautas de conducta éticas de la profesión, incluyen el requisito de la «estricta neutralidad» como parte de la labor de un intérprete competente.

Sin embargo, ¿a qué se refieren al utilizar este término? Suponemos que está relacionado con el hecho de no actuar en beneficio ni perjuicio de ninguna de las partes en la comunicación. Al fin y al cabo, no debemos olvidar que el intérprete se encuentra en una situación de «superioridad», ya que gracias a él puede tener lugar un intercambio de mensajes entre personas que hablan distintas lenguas y están adscritas a diferentes convenciones culturales; lo que es lo mismo, sin él no existiría la comunicación en este tipo de contextos.

Si partimos de esa base y consideramos que la neutralidad consiste precisamente en no hacer uso de esa «superioridad» o ventaja para favorecer los intereses de ninguna de las partes, incluidos los del propio intérprete, ¿estaremos usando correctamente el término?

En nuestra opinión, no. Es más, para nosotros no existe el concepto de neutralidad tal y como se emplea actualmente en el ámbito de la interpretación. Por ello, la presente investigación va a perseguir el objetivo, en primer lugar, de demostrar el porqué de nuestra hipótesis, es decir, la no existencia de dicha neutralidad.

En segundo lugar, vamos a probar que esa no neutralidad conlleva la reafirmación de la visibilidad del intérprete, que será considerado un actor principal en el acto comunicativo.

En tercer lugar, y dado que rechazaremos el uso presente del concepto «neutralidad», trataremos de proporcionar una definición del término que se ajuste más, según nuestro criterio, a la realidad de la profesión, entendida la figura del intérprete como la de un mediador que actúa allá donde existen barreras lingüísticas y/o culturales que impiden la comunicación entre dos o más personas.

Para ello, llevaremos a cabo un análisis de cuatro variables que están directamente asociadas a la no existencia de dicha neutralidad: la comunicativa, la idiomática, la sonora y la cultural.

Por una parte, nos serviremos del modelo comunicativo de Shannon y Weaver (1949), que utilizaremos para establecer una especie de «ecuación de la neutralidad» para cada una de estas variables, partiendo del esquema básico «emisor-intérprete-receptor».

Por otra parte, recurriremos a las teorías de otros investigadores que han sido clave en nuestra investigación. Primero, el filósofo Hilary Putnam (1926-2016) y su externalismo semántico (Putnam, 1975), así como Hans Vermeer y su teoría del *skopos* (Vermeer, 1996) nos permitirán analizar la neutralidad desde la perspectiva de la semántica, la función y la intencionalidad en nuestra variable comunicativa.

Después, a través de la teoría del lenguaje del economista conductual Keith Chen (2012), podremos demostrar cómo el idioma que hablamos (variable idiomática) altera nuestro modo de construir según qué aspectos de nuestra realidad, teoría que también formula Jean Piaget en su obra «El lenguaje y el pensamiento en el niño» (Piaget, 1923).

Posteriormente, analizaremos un experimento llevado a cabo por Emma Rodero Antón (Rodero, 2001), que sostiene que nuestra personalidad se refleja en nuestra voz y condiciona nuestras relaciones sociales, lo que nos permitirá demostrar que la variable sonora es otro elemento que, en sí mismo, implica la inexistencia de neutralidad.

Finalmente, estudiaremos la cultura como variable que conlleva la pérdida de la misma. Se tratará este de un apartado complejo en el que analizaremos el factor cultural desde tres puntos de vista.. En primer lugar, el de las narrativas que Mona Baker (1953) enunció en su obra *Narratives in and of Translation* (2005). En segundo lugar, el de la identidad, en el que haremos un breve repaso histórico al origen de las culturas de la mano de Edward Said (1935-2003) y Franz Fanon (1925-1961). En tercer lugar, el de los fenómenos de extranjerización y domesticación del lenguaje de Lawrence Venuti (1953-), que aparecen en su obra *The Translator's Invisibility: A History of Translation* (Venuti, 2004). Además, haremos referencia también en este apartado al escritor, poeta y premio nobel de literatura Octavio Paz (1914-1998) y a Michael Foucault (1926-1984) y su teoría de la microfísica del poder (Foucault, 1977).

Con respecto al enfoque de nuestra investigación, trabajaremos desde una perspectiva constructivista radical, que explicaremos antes de profundizar en nuestro análisis de variables. Se trata de una teoría desarrollada por el filósofo alemán Ernst von Glasersfeld (1917-2010) quien, como veremos en mayor profundidad más adelante, se basó a su vez en las aportaciones de diversos científicos y pensadores como Giambattista Vico (1668-1744) o Jean Piaget (1896-1980). Además, comparte rasgos comunes con el empirismo que Immanuel Kant (1724-1804) enunció en su obra de 1781 «Crítica de la razón pura», en la que afirmaba que el conocimiento partía de la experiencia.

Del mismo modo, tal y como escribió Ernst von Glasersfeld en su obra, *Radikaler Konstruktivismus* (1996), el constructivismo radical se basa fundamentalmente en la afirmación de que no existe una única realidad objetiva, sino que cada persona construye una propia a partir de sus experiencias individuales e intransferibles. El conocimiento, por tanto, surge a partir de ellas. Entonces, dado que cada individuo posee unos contenidos mentales, conformados por unos conceptos y categorías propios y únicos, nos encontramos con que todas las experiencias serán hechos subjetivos (von Glasersfeld, 1996).

Al no existir un poseedor absoluto de la verdad, todo lo que cada persona crea o piense será relativo, pero igual de válido que lo que crea o piense el resto, lo que se conoce como privilegio de la primera persona (Maturana y Varela, 1985).

Además, los estados mentales de cada individuo no tienen por qué coincidir con los del resto en el momento, por ejemplo, en que se produce un acto comunicativo. Si un intérprete se encuentra enfadado, pero debe transmitir un discurso alegre y emotivo, inevitablemente su prestación será distinta a la que emitiría si su estado fuera distinto en el momento.

Veremos que, para nosotros, este hecho en sí mismo, entre otros, ya conlleva la pérdida de la neutralidad de la que venimos hablando, y será precisamente este enfoque constructivista radical el que nos permitirá llegar finalmente a las metas que perseguimos: probar nuestra hipótesis de la no neutralidad, proporcionar una definición más precisa del término y demostrar la visibilidad que tiene en la comunicación el intérprete.



### 1.1. Hipótesis

Como ya hemos mencionado anteriormente, el presente trabajo parte de la hipótesis de que la «neutralidad» en interpretación no existe. Un intérprete no puede adoptar un rol secundario en la transmisión de información. Su función en cualquiera de las modalidades existentes es tan activa como la de los propios emisores y receptores en la comunicación. Por una parte, sería inviable presuponer de su labor una invisibilidad que no será posible en tanto en cuanto individuo cognoscente que construye su conocimiento y concepto de la realidad a partir de sus experiencias y de sus estados mentales, entre otros.

Por otra parte, es cierto que su deber ético le obliga a alcanzar una posición «neutral». Este es el término que aparece recogido en los códigos deontológicos que marcan las pautas de actuación de los miembros de la profesión.

Sin embargo, en principio se trata de un objetivo inalcanzable desde el punto de vista del constructivismo radical, ya que los estados y contenidos mentales de cada individuo son inaccesibles al resto (Maturana y Varela, 1985: 110 ss.). Esto implica necesariamente que, al emplear el lenguaje como vehículo de transmisión externo limitado, se producirán imperfecciones tanto en la emisión y la interpretación, como en la recepción de los mensajes.

No obstante, a pesar de que partimos de la base de la no existencia de semejante «neutralidad», en nuestra hipótesis consideramos ética y necesaria la tendencia del intérprete a aquella posición en la que no se beneficie ni perjudique a ninguna de las partes; de hecho, será lo máximo a lo que podrá aspirar dado nuestro enfoque constructivista radical y eso, para nosotros, constituirá el cumplimiento de nuestro concepto de «neutral».

Volviendo a aquel que aparece recogido en los códigos deontológicos, es necesario señalar que el concepto en sí mismo resulta vago porque ¿qué es «neutralidad» en interpretación? Tenemos claro que un árbitro en un partido de fútbol tiene la obligación de mantenerse neutral, es decir, de no favorecer ni a un equipo ni a otro. Algo similar sucede en los tribunales, en los que un juez debe dictar sentencia. Al igual que existen los códigos deontológicos, que establecen una serie de «normas» de conducta, también tenemos leyes por las cuales se organizan las sociedades. El objetivo común de un árbitro, un juez y un intérprete será, en último término, actuar de acuerdo a las «normas» o «leyes» por las que se rige su profesión para lograr que estas se

cumplan. Dado que, como ya hemos mencionado, la visión de la realidad de cada individuo es distinta, no siempre se podrá alcanzar una situación en la que estos, de cuyas decisiones dependen otras personas, elijan en cada ocasión la «opción correcta», debido a que, en primer lugar, no existe una sola opción correcta «universal» y, en segundo, no coincidirán nunca en la totalidad de visiones o puntos de vista del resto de personas implicadas, en las que siempre se verá favorecida una de las partes. Desde la perspectiva de lo ético, de nuevo, deberán «tender» a lograr el cumplimiento de esas «normas» o «leyes» de la forma más «neutral» posible.

Si trasladamos este sentido al trabajo de un intérprete exclusivamente, podemos afirmar que este sería neutral si no favoreciera a ninguna de las partes en el contexto de la comunicación. Sin embargo, como hemos visto, conseguirlo no es tan fácil.

Si el emisor emite un mensaje «A» en una determinada lengua y el emisor recibe el mismo mensaje «A» a través del intérprete, con la única variación de la lengua de llegada con respecto a la de origen, ¿podemos considerar que el intérprete es neutral? Probablemente sí. El único problema es que semejante acción solo puede ser llevada a cabo por una máquina.

La equivalencia 1:1 o  $A \rightarrow A$  existe, por ejemplo, cuando en el teclado del ordenador escribimos una serie de letras que, inmediatamente, aparecen en la pantalla. Ahí no existe ningún tipo de interacción humana que pueda alterar la neutralidad de un mensaje. Sin embargo, en el momento en el que hablamos de comunicación entre seres humanos, como veremos en el siguiente apartado, la situación cambia.

Para poder llegar a demostrar que no existe semejante neutralidad tendremos que delimitar el concepto y tratar de describirlo con la mayor precisión posible.

Una vez analizado, pasaremos a desarrollar nuestra tesis, que al fin y al cabo pretende poner de relieve la necesaria visibilidad del intérprete y el poder que se le transfiere automáticamente al adoptar éste la figura de mediador lingüístico y cultural que se mueve entre narrativas (Baker, cit. Vidal, 2010: 37) de muy diverso tipo, ya que este es el principal rol que desempeña en la sociedad.

Nuestra investigación, como ya hemos mencionado, estará enfocada en una perspectiva constructivista radical. Nos centraremos en los principios desarrollados por Ernst von Glasersfeld a partir del trabajo de Heinz von Foerster, pioneros ambos en esta teoría filosófica que fue objeto de análisis por parte de científicos y biólogos de la talla de los chilenos Maturana y Varela.

Se hará también referencia a otra serie de teorías que nos permitirán observar un mismo fenómeno (la interpretación) desde diferentes puntos de vista, para así poder reforzar cada una de nuestras hipótesis.

Finalmente, no debemos olvidar que, a pesar de que se vayan a analizar estas teorías que no siempre estarán relacionadas de forma directa con la interpretación, para su aplicación práctica nos moveremos siempre en el ámbito de la transmisión de información por parte de un individuo que actúa, al fin y al cabo, como nexo o enlace.

## **1.2. Motivación**

La motivación a la hora de realizar este trabajo es poner en evidencia la falta de precisión que entraña el dar por sentado determinados criterios, como son el de la invisibilidad y la neutralidad, a la hora de definir y fundamentar la labor de un intérprete, sea cual sea su combinación lingüística o ámbito de especialidad. Y es que es en los propios centros de enseñanza de interpretación donde se empieza a inculcar a los potenciales intérpretes el concepto de neutralidad. Frases como «un intérprete nunca es el protagonista en una conferencia» o «solo se nos ve cuando cometemos un error» son ejemplos claros de la confusión a que da lugar fomentar este pensamiento, tanto dentro del propio gremio como de cara a toda la sociedad. En este sentido, va en perjuicio de todos los miembros de la profesión permitir que la imagen de un intérprete sea similar a la de una máquina de traducción automática que trabaja en el ámbito oral de la comunicación.

En la presente investigación se demostrará que no solo nos hacemos visibles cuando favorecemos a una de las partes, ya sea de forma consciente o inconsciente, o cuando cometemos un error, sino que nuestros rasgos de personalidad, nuestros contenidos, nuestros estados mentales, nuestras ideologías, etc., se encuentran vertidas en todas y cada una de las palabras que empleamos (Foucault, cit. Vidal, 2010, pp.109).

## **1.3. Objetivos**

El primer objetivo que se persigue es encontrar una definición lo más adecuada posible para el término «neutralidad» en el ámbito de la interpretación.

El segundo, demostrar la existencia de una notoriedad en la figura del intérprete a través de un análisis constructivista radical de su trabajo, que estará apoyado en otro tipo de teorías que permitirán reforzar la veracidad de la hipótesis planteada.

Por último, el tercer objetivo, una vez demostrada la imposibilidad de alcanzar una invisibilidad y/o neutralidad por parte del intérprete, será el de proporcionar una respuesta a la cuestión de si es posible solventar este «problema» para poder aspirar a la «estricta neutralidad» que nos plantean los códigos deontológicos que pretenden establecerla entre las principales pautas éticas de su trabajo, lo que favorece el desconocimiento de la profesión por parte de la sociedad.

#### **1.4. Metodología**

Una vez hayamos establecido la hipótesis de la que partimos, analizaremos en mayor profundidad cuáles serán los objetivos generales que se perseguirán y cuáles los más específicos. A continuación, detallaremos la metodología con la que se procederá en el presente trabajo.

En primer lugar, como ya hemos explicado previamente, el objetivo general del análisis será demostrar la inexistencia de la neutralidad como concepto aplicado a la interpretación. Para ello, nuestra primera tarea será la de proporcionar una definición apropiada del término aplicado al contexto en el que nos situaremos en todo momento. Trataremos de delimitar el concepto realizando un estudio de algunos de los factores que están involucrados en la existencia o carencia de esa neutralidad, en concreto el comunicativo, el idiomático, el sonoro y el cultural.

Por otra parte, a través de la demostración de nuestra hipótesis, se pretenderá poner en evidencia la necesidad de inculcar un concepto preciso de la labor del intérprete como agente protagonista, visible y modulador de las comunicaciones, para que deje de aparecer el requisito de «estricta neutralidad» entre los patrones de conducta profesional del intérprete, es decir, los códigos deontológicos y, por supuesto, para que deje de emplearse el término de forma incorrecta a la hora de entrenar a futuros intérpretes.

Nuestra tarea última será lograr que haya un mayor conocimiento de la propia profesión tanto a nivel interno como externo y que se eviten ciertos malentendidos que normalmente vienen producidos por situaciones en los que la neutralidad o la falta de ella son protagonistas.

Se pretende demostrar la validez de la hipótesis desde un enfoque teórico. Se analizará el estado de la cuestión desde una perspectiva constructivista radical. Se define como tal aquella que establece que la visión de realidad de cada persona se

construye en función de sus percepciones y sus experiencias. Solo a través de ellas pueden adquirir conocimiento (von Glasersfeld, 1996). Es por ello que en esta corriente nos moveremos en el mundo de lo empírico, lo que se opone al racionalismo, que sostiene que la razón es la principal herramienta del conocimiento, y no así la percepción y la experiencia.

Realizaremos un análisis detallado de la situación comunicativa en la que un intérprete se ve involucrado para así poder subrayar cuáles son los factores que provocan la alteración de la neutralidad. Estudiaremos al propio individuo que emite discursos, los aspectos lingüísticos y semánticos del mensaje, el factor de la intencionalidad, los elementos sonoros de la comunicación, y las influencias culturales. Esto nos permitirá demostrar nuestra hipótesis.

Posteriormente, a través de nuestro análisis, esbozaremos una definición de neutralidad aplicada al ámbito de la interpretación que sea correcta y más precisa que aquella sobre la que normalmente se generaliza para hablar de esta profesión.

Una vez logrados estos objetivos, nos plantearemos a nosotros mismos el interrogante de si es posible alcanzar algo semejante a la neutralidad, entendida esta como aquella de la que hemos proporcionado una nueva definición previa aplicada a nuestro campo de estudio.

Finalmente, realizaremos un resumen de todos los puntos clave que se han tratado para establecer una serie de conclusiones que nos permitirán retomar el objetivo último por el que se llevó a cabo este trabajo, es decir, conseguir que el término «neutral» deje de utilizarse tan arbitrariamente en el ámbito de la interpretación, que se proyecte al resto de la sociedad una noción correcta de la profesión y, por último, que se modifique en los códigos deontológicos el apartado genérico, difuso y confuso que se ha expuesto en el presente trabajo y que, como veremos, es totalmente inalcanzable.

## **2. Estado de la cuestión**

Como ya se ha mencionado en los apartados previos, este trabajo de investigación se encuentra enfocado en una perspectiva constructivista radical. Antes de proceder a realizar nuestro análisis vamos a indagar en mayor profundidad en esta corriente para conocer sus implicaciones en nuestra hipótesis.

### **2.1. El constructivismo radical**

El constructivismo nace con las aportaciones de diversos estudiosos. En primer lugar, el filósofo y pensador Giambattista Vico (1668-1744) afirmó que la verdad es la realidad particular de quien la expresa, es decir, que construimos subjetivamente las «verdades» a través de nuestra experiencia, lo que se oponía al racionalismo de Descartes, que establecía en su obra de 1637 «Discurso del método» que las verdades universales existían y podían ser comprendidas por el hombre a través del uso de la razón. En segundo lugar, el psicólogo suizo Jean Piaget (1896-1980) desarrolló la teoría psicogenética de la inteligencia (1947) en la que establecía que la lógica era la base del pensamiento: «La inteligencia organiza el mundo organizándose a sí misma» (Piaget, 1947).

Después, tenemos que trasladarnos a Rusia alrededor del año 1914, donde el constructivismo se reafirma después de la Revolución Bolchevique, lo que llevó a la creación de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia.

Posteriormente, Heinz von Foerster estableció que el sistema nervioso no era capaz de diferenciar la percepción de una alucinación, ya que ambos producían una excitación nerviosa en el sistema; por tanto, la realidad construida por los individuos no podía ser más que inventada de cierta manera. Concibió así una realidad ontológica subjetiva (von Foerster, 1985: 109 ss.).

Más tarde, los biólogos chilenos Humberto Maturana y Francisco Varela desarrollaron esta tesis desde un punto de vista neurofisiológico. Afirmaron que los sistemas vivos se veían influenciados por el mundo exterior, que desencadenaba cambios internos en ellos, es decir, modificaciones de sus estados mentales a través de sus percepciones. Estos estados mentales serían los que permiten a los sistemas vivos construir una representación de su entorno a partir de sus experiencias. El cerebro es considerado un subsistema que permite estructurar las percepciones que pueden

configurar (o no) las representaciones de la realidad del individuo. Como podemos imaginar, las personas son sistemas constructores de realidades totalmente individuales e intransferibles, lo que nos lleva a enunciar el privilegio de la primera persona, que establece que solo el propio individuo conoce la naturaleza de sus estados mentales, tanto presentes como pasados. El resto de individuos solo podrán conocerlos en forma de indicios (Maturana y Varela, 1985: 110 ss.).

Por otra parte, se encuentra en la naturaleza del ser humano el organizarse en sociedades, y según los preceptos de esta teoría constructivista radical, parece complicado reunir a miles de millones de individuos con percepciones de la realidad radicalmente distintas. Sin embargo, según Maturana (Maturana, 1980: 17ss.), un sistema social entre un grupo de sistemas vivos existirá siempre que se cumplan dos condiciones; la primera, que cada uno de los sistemas vivos posea en su subsistema cognitivo al menos un estado mental comparable con el de otro miembro del grupo; la segunda, que los sistemas vivos interactúen a partir de estos estados mentales paralelos. Esto quiere decir que los miembros del grupo deben compartir una misma realidad a través de la cual llevar a cabo acciones útiles y comunicativas que les permitan interactuar entre ellos. Con esto comprobamos que, ante todo, una teoría social constructivista debe ser útil.

Maturana proporciona el ejemplo de una familia, que consiste en que todos los individuos comprenden el significado de «madre» y «padre» porque todos han tenido experiencias en familias. Sin embargo, ellos no construyen ningún sistema social llamado «familia». Este surge cuando los componentes del sistema, es decir, los individuos de los que se compone la familia, tienen la posibilidad de participar en la construcción de la realidad social que es característica de una familia específica y se comportan de acuerdo a ella (Maturana, 1985: 119 ss.).

Finalmente, llegamos a Ernst von Glasersfeld (1917-2010), clave en el desarrollo del constructivismo radical. El filósofo alemán recibió la influencia de todos los estudiosos que se han mencionado en este apartado. La base de su tesis establece que la realidad no puede reducirse solo a lo racional por lo que, como ya hemos mencionado, esta teoría se opone al racionalismo cartesiano.

Según él, solamente el propio individuo está en posesión de su verdad, que no tiene por qué ser la misma que la del resto, pero sí será igual de válida. ¿Por qué?

Porque cada individuo construye su propia realidad a partir de sus experiencias vitales (von Glasersfeld, 1996).

Lo cierto es que todos los individuos reciben la misma información, sin embargo, no todos la perciben de la misma manera, sino que la ajustan a sus necesidades para lograr habitar en un mundo lo más cómodo posible; es decir, la reinterpretan a su «acomodo» (von Glasersfeld, 1996). Una vez establecido este planteamiento, se pueden enumerar cuatro máximas del constructivismo radical.

En primer lugar, el conocimiento es construido por los propios individuos de forma activa. Esto se opone al enfoque epistemológico que establece que existe una única realidad objetiva externa y que el sujeto adquiere conocimiento a partir de lo que perciben sus sentidos reflejado de forma pasiva. Está demostrada la inviabilidad de esta teoría ya que se sabe que el sujeto genera modelos complejos de pensamiento de manera activa (von Glasersfeld 1996: 14 ss.).

En segundo lugar, la construcción del conocimiento no está encaminada a la correspondencia con una realidad externa objetiva, que es incognoscible, sino que posee una función adaptativa, que permite al individuo ajustar las informaciones que percibe de la forma más cómoda posible. Por otra parte, la transmisión de este conocimiento no existe, puesto que el conocimiento es «viable». Aquí es donde von Glasersfeld construye el concepto de *Viabilität* («viabilidad»), que reemplaza a la «verdad»:

Actions, concepts, and conceptual operations are viable if they fit the purposive or descriptive contexts in which we use them. Thus, in the constructivist way of thinking, the concept of viability in the domain of experience, takes the place of the traditional philosopher's concept of Truth, that was to indicate a "correct" representation of reality. This substitution, of course, does not affect the everyday concept of truth, which entails the faithful repetition or description of a prior experience (Ibid.)<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> «Las acciones, conceptos y operaciones conceptuales son viables si se adaptan a los contextos deliberados o descriptivos en los que los usamos. De este modo, en el pensamiento constructivista, el concepto de viabilidad en el dominio de la experiencia ocupa el lugar del concepto filosófico tradicional de "verdad", que servía para señalar cuál era la representación "correcta" de la realidad. Esta sustitución, por supuesto, no afecta al concepto habitual de verdad, que implica la repetición o descripción fiel de una experiencia anterior.»



Para aclarar el concepto, von Glasersfeld proporciona el ejemplo de un ciego que nace en un bosque y deambula por él. Lo más probable es que esta persona construya una realidad repleta de obstáculos que solo podrá distinguir a partir de atributos como la forma o el tamaño. Sin embargo, una persona que puede ver construirá una realidad más libre de barreras y completamente distinta a la del ciego. Ambas son válidas porque se ajustan a sus necesidades con el propósito de conseguir su comodidad, pero ninguna de las dos realidades es objetiva. A pesar de que ninguno se halle en posesión de la verdad absoluta, sus dos realidades son viables porque son útiles para predecir acontecimientos. Por ejemplo, gracias a su construcción, el ciego evitará chocarse contra un obstáculo, a pesar de que las limitaciones de su realidad le impidan saber si ese obstáculo es un árbol o un arbusto (Ibid., 1981: 91).

En tercer lugar, y volviendo a las máximas del constructivismo radical, tenemos que el conocimiento le sirve al individuo para organizar su mundo experiencial, no para alcanzar la comprensión de una realidad objetiva (Ibid., 1996: 14 ss.).

Por último, en lo que respecta a lo social, von Glasersfeld postula una teoría que se aproxima bastante a la de Humberto Maturana. Existe una obligación de socialización y, a partir de ella, se establece que la objetividad, si bien no en el sentido tradicional, puede darse a través de la intersubjetividad de las construcciones de la realidad. Varios individuos que comparten experiencias similares pueden configurar una construcción de la realidad conjunta a partir de sus semejanzas, lo que da lugar a la formación de una determinada sociedad (Ibid., 1996: 119). Para aclarar esto podemos continuar utilizando el ejemplo del ciego en el bosque.

Pongamos que ahora tenemos a más invidentes que viven en el mismo bosque. Como todos comparten unas experiencias similares, podrán acordar y negociar una construcción de la realidad común que les permitirá comunicarse y comprenderse. A pesar de que no se trata de una verdad objetiva, existe una viabilidad que les permitirá alcanzar un entendimiento colectivo que trascenderá las barreras de las construcciones individuales. Al fin y al cabo, como ya se ha mencionado previamente, se pretende que el individuo se encuentre cómodo con la realidad que ha construido.

Por supuesto, también habrá una construcción conceptual del resto de los individuos. Sin embargo, a pesar de que antes hayamos visto que los que comparten experiencias similares pueden agruparse para acordar una misma construcción de la realidad, von Glasersfeld establece que los significados o relaciones conceptuales de un

individuo no pueden comunicarse a los demás, puesto que se construyen a través de sus experiencias individuales que, de nuevo, están acomodadas a sus necesidades; no obstante, lo que sí se puede hacer es ajustarlas intersubjetivamente. Esto implica necesariamente que las palabras no pueden estar dotadas de significado, ya que no transmiten ideas ni conocimiento. De nuevo, el conocimiento solo puede ser construido de forma individual por la persona a través de sus experiencias únicas e intransferibles; por tanto, solo el individuo es responsable de sus actos, pensamientos o conocimiento.

## **2.2. El constructivismo radical en interpretación**

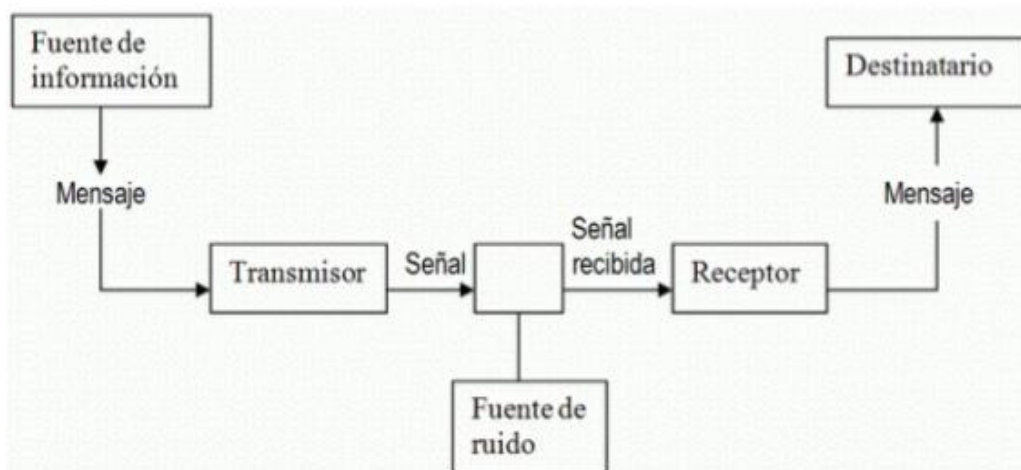
Una vez explicado el enfoque del que partimos en nuestro análisis, pasaremos a aplicar todas estas nociones al ámbito de la interpretación.

Sabemos que la labor de un intérprete consiste actuar como «mediador» entre dos o más personas que pretenden comunicarse pero no pueden debido a las barreras idiomáticas; es decir, un intérprete es aquel que permite que se produzca la comunicación allá donde existe el obstáculo de la diferencia de idiomas (y culturas).

A pesar de que en los códigos deontológicos que establecen las pautas de conducta éticas de la profesión se recogen diversos requisitos que un intérprete competente debe cumplir, en el presente trabajo nos centraremos exclusivamente en la «neutralidad».

En primer lugar, y para poder explicar el término, vamos a simplificar el contexto con un ejemplo. Nos serviremos del modelo comunicativo de Shannon y Weaver (1949), que constituye un esquema pensado para su aplicación en la cibernética, pero que sirvió también para establecer una ecuación matemática para medir el valor informativo de los mensajes.

Por supuesto, nuestra pretensión no es crear una teoría matemática paralela, sino que hemos elegido este modelo por ser muy conciso y sencillo. Por ello, lo adaptaremos a las necesidades de la presente investigación.

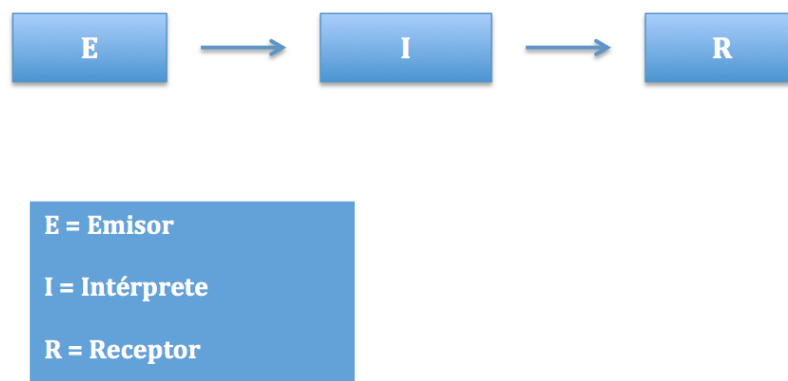


*Esquema del modelo comunicativo de la teoría de la información (Shannon-Weaver, 1949).*

Como vemos, en el modelo original aparecen cinco elementos clave en la comunicación: una fuente, un transmisor, un canal, un receptor y un destino, a los que se incorpora el ruido, que puede provocar perturbaciones. En este caso, el intérprete será también un emisor y receptor intermedio del mensaje. Tendrá que transformar el mensaje emitido en un código (transmisor) y decodificarlo para trasladarlo en otro código (receptor) comprensible para el destinatario.

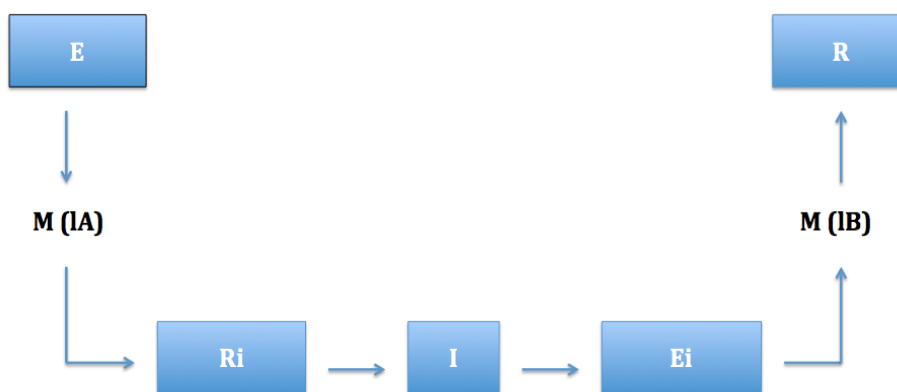
Una vez explicado el sistema que seguiremos y sus componentes, vamos a comenzar con nuestro ejemplo adaptado y aplicado al ámbito que nos ocupa.

Supongamos que tenemos a tres sujetos: un emisor, un receptor y un intérprete:



*Adaptación del modelo comunicativo de Shannon y Weaver, 1949.*

Pongamos que el emisor habla una lengua A (IA), el receptor una B (IB) y el intérprete, que es a la vez un emisor y receptor intermedio (Ei y Ri) comprende y habla ambas. Según los códigos deontológicos, una estricta neutralidad equivaldría a lo siguiente, dado un mensaje que denominaremos M:



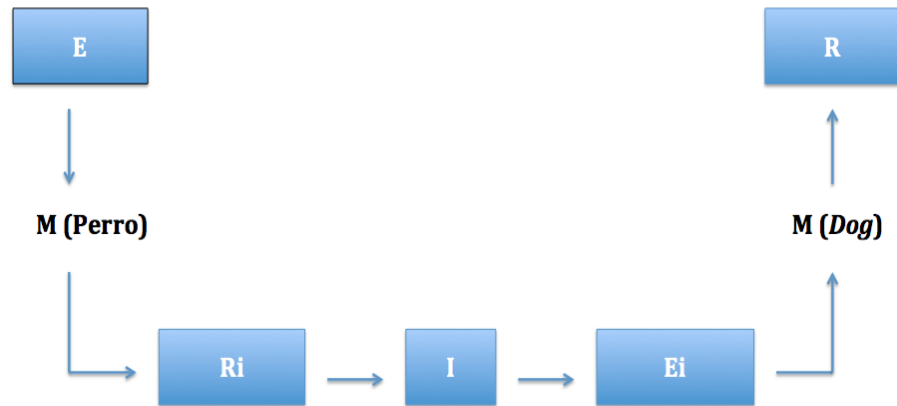
*Adaptación del modelo comunicativo de Shannon y Weaver, 1949.*

Como vemos, según el esquema se está produciendo una comunicación plana y totalmente neutra a todos los niveles. Sin embargo, como ya explicamos previamente, este tipo de comunicación solo sería posible si fuéramos máquinas programadas, como cuando presionamos la tecla de la letra «A» en el ordenador y en la pantalla aparece una «A», es decir, equivalencia perfecta, estricta neutralidad:

$$M (IA) = M (IB)$$

Pero como las personas no son máquinas, existen diversos factores que intervienen en la comunicación y que impiden que el mero hecho de «hablar sea neutral» (Vidal, 2010).

Vamos a comenzar por estudiar el factor humano. Según el constructivismo radical, cada individuo construye su propia realidad en función de sus experiencias, tanto presentes como pasadas. Transmitir un significado o una serie de relaciones conceptuales a través de palabras es imposible, por tanto ya tenemos el primer argumento para afirmar que nuestra tesis es válida. Continuemos con el mismo ejemplo de antes, con la diferencia de que  $M (IA) = \text{Perro}$  y  $M (IB) = \text{Dog}$ :



*Adaptación del modelo comunicativo de Shannon y Weaver, 1949.*

Si no tuviéramos en cuenta el constructivismo, ¿podríamos afirmar que neutralidad es traducir «perro» por *dog*? Probablemente.

**M (Perro) = M (Dog) = Neutralidad ¿?**

Sin embargo, el emisor es de origen árabe y vive en España, tiene 20 años y profesa el islam. El intérprete es estadounidense, vive en España, tiene 30 años y es cristiano. El receptor es británico, vive en Londres, tiene 40 años y es ateo. Sus construcciones de la realidad son radicalmente distintas, ya que las experiencias que han vivido no tienen que ver las unas con las otras en cuanto a edad, ideología, cultura, etc. A pesar de que hayan recibido la misma información, no la han aprehendido ni ajustado de la misma manera. Al pronunciar la palabra «perro», el emisor recuerda cuando un español lo insultó utilizando esa palabra y ello lo llevó a involucrarse en una pelea grave; el intérprete se entristece al recordar a su animal de compañía, que falleció hace algunos años; y el receptor recuerda aquel día en el que un bulldog le mordió la pierna y tuvo que acudir al hospital. El emisor y el receptor consideran que los perros son animales malvados, pero el intérprete los adora. Como podemos ver, hablar nos hace evocar, y evocar implica otorgarle nuestro propio significado a los mensajes que emitimos, que están basados en nuestra construcción de la realidad, creada a partir de nuestras experiencias individuales. Por lo tanto, es imposible transmitir un mensaje

objetivo y neutral, porque no existe ni lo objetivo ni lo neutral, así como no podemos aspirar a conocer una realidad objetiva que se escapa de nuestras posibilidades.

## **2.3. ANÁLISIS DE VARIABLES**

Lo explicado en el apartado anterior nos lleva a la siguiente afirmación, que es la clave de nuestra hipótesis: en interpretación no podemos hablar de neutralidad en términos absolutos semejantes a los que se aplican en las ciencias exactas.  $1+1$  nunca es igual a 2 en el terreno subjetivo en el que nos movemos. La construcción de la realidad de los seres humanos está condicionada por un conjunto de variables que obligan a que lo máximo a lo que podamos aspirar sea a una «viabilidad», pero nunca a la «verdad», o lo que es lo mismo, podemos aspirar a una «precisión», pero nunca a una «exactitud». Para poder probar dicha hipótesis, es necesario analizar ese conjunto de variables estrechamente relacionadas con la presencia o, mejor dicho, la pérdida de dicha «neutralidad».

### **2.3.1. Variable comunicativa**

#### **2.3.1.1. Semántica**

Vamos a empezar con la variable comunicativa. Comenzaremos con una reflexión sobre una teoría que consideramos relevante en este trabajo desde el punto de vista de la semántica. Se trata del experimento mental del filósofo Hilary Putnam (1975-1985) incluido en su obra *The Meaning Of 'Meaning'* denominado «La tierra gemela» (1975) y que dio lugar a la aparición del externalismo semántico. Según Putnam, los significados no se encuentran en la mente. En su experimento utiliza el siguiente ejemplo, que explicaremos brevemente.

Nos remontamos a muchos siglos atrás, en un momento en el que apenas se había desarrollado la ciencia. En el universo existe un planeta llamado «Tierra Gemela» que es exactamente igual que la Tierra. En la Tierra Gemela tenemos un gemelo de cada cosa y persona existentes en la Tierra, con la única diferencia de que en la primera no hay agua ( $H_2O$ ) sino un elemento cuya fórmula química es XYZ pero que externamente es idéntico al agua. Los habitantes de la Tierra Gemela que hablan lo que ellos denominan «español» reconocen el elemento XYZ como agua. Como en la época en la que nos encontramos no hay modo de saber de qué están compuestos ambos elementos, los habitantes de ambos planetas no saben que lo que los dos llaman «agua» no está

compuesto químicamente por lo mismo. Sin embargo, la experiencia de ambos con el agua es la misma. Si concretamos y hablamos de un habitante de la Tierra llamado Óscar y otro de la Tierra Gemela al que llamaremos Óscar Gemelo, veremos que sus cerebros son perfectamente idénticos; sin embargo, cuando Óscar habla de «agua» se refiere a la que está compuesta por H<sub>2</sub>O, pero cuando Óscar hace lo propio, en su cerebro se encuentra la imagen del «agua gemela», compuesta por XYZ.

Lo que Putnam pretende afirmar con este experimento es que «el contenido del cerebro de una persona no es suficiente para determinar la referencia de los términos que emplea, sino que se debe examinar la historia causal que llevó al individuo a adquirir el término» (Putnam, 1975: p. 227).

Según esto, unido al constructivismo radical, ni siquiera podríamos tener la certeza de la existencia de nuestra propia realidad, ya que las percepciones que nos llevan a construir experiencias y estas, a su vez, conocimiento para poder dar un significado a todo aquello que conforma nuestra realidad, se escaparían también de nuestros contenidos mentales. Como dice Putnam, deberíamos indagar y llegar a los orígenes de todos y cada uno de los términos que empleamos (Ibid.).

Esto a su vez supone una contradicción con la teoría de von Glasersfeld ya que, si no existe una realidad objetiva, sería imposible llegar al conocimiento del origen de los términos, ya que los términos que cada persona emplea están directamente vinculados con su conocimiento y este, a su vez, con sus propias experiencias derivadas de lo que sus sentidos perciben a partir de la información que les proporciona su entorno (von Glasersfeld 1996: 14 ss.).

Por tanto, vemos que, por un lado, sería imposible llegar al origen del significado de un término y, por otro, podemos argumentar que esta teoría no se sostiene ya que, según el constructivismo radical, la viabilidad permite aceptar cualquier construcción de la realidad que se adapte a nuestros objetivos y a nuestra comodidad y, por consiguiente, todos los significados que atribuimos a los términos que usamos serían completamente válidos.

Además de nosotros mismos, existen varios filósofos que han puesto objeciones (no necesariamente desde el constructivismo radical) a la validez de esta teoría por tres motivos principales: el primero, al ser los dos elementos lo suficientemente similares, podría incluirse dentro de la definición «agua» tanto a H<sub>2</sub>O como a XYZ; el segundo, al proponer un ejemplo no real, comenzamos a movernos en el mundo de la intuición, no

de la certeza; el tercero, si los procesos históricos y lingüísticos que han llevado a denominar al elemento «agua» son los mismos, podremos decir que cumple la misma función para los dos individuos y, ya que el término no designa a sus componentes químicos, podría aplicarse perfectamente a ambos elementos.

A pesar de haber rechazado esta propuesta, nos parecía interesante mostrar una teoría lingüística paralela por el hecho de cuestionar, de nuevo, la «neutralidad» de los intérpretes, si es que los significados no se hallaran en nuestras mentes.

### 2.3.1.2. Función

Una vez analizada esta variable comunicativa desde la perspectiva semántica, vamos a tratar otro aspecto fundamental en la interpretación y recepción de un mensaje. Además de las evidentes barreras idiomáticas que un intérprete debe superar para que se produzca la comunicación, no podemos olvidar hablar de la función para la que esta se produce.

De nuevo analizaremos aquí una teoría muy popular en el ámbito de la traducción desarrollada por Hans Vermeer. La aplicaremos a la interpretación porque consideramos que se puede trasponer sin ningún tipo de alteración.

Vamos a situarnos a continuación en una perspectiva funcionalista, que se centra en el estudio de la función de la mente y de los efectos que provocamos con nuestras acciones al interactuar con el entorno.

Según Vermeer (1996), el texto (o discurso) debe cumplir una función comunicativa y tiene por finalidad un objetivo específico dentro una cultura determinada. Por tanto, toda traducción, o interpretación en nuestro caso, está sujeta a un fin último, el denominado *skopos*, que debe cumplir el texto (o discurso) en la lengua meta y que tiene que venir especificado con el encargo que se le hace al intérprete. Este, considerado un experto en la comunicación, será el encargado de mantener la coherencia intertextual, que es uno de los cinco principios básicos de la teoría.

A continuación pasaremos a enumerarlos, pero primero explicaremos un término clave para la comprensión de la teoría: el *translatum* (TM). Se denomina así al resultado que se obtiene de la traducción o interpretación y que debe cumplir con los principios básicos para ser adecuado y funcional. En primer lugar, el TM está determinado por su *skopos*. En segundo lugar, el TM es una oferta informativa en una cultura y lengua metas basada en otra oferta en una cultura y lengua fuentes. En tercer lugar tenemos el



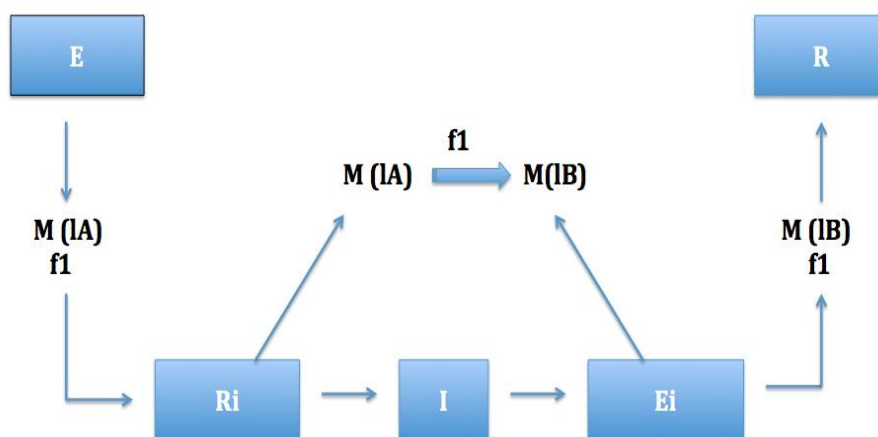
concepto de «irreversibilidad», que establece que la función del TM en la cultura meta no es necesariamente la misma que en la fuente. En cuarto lugar, el TM debe ser coherente internamente (intratextualmente) y, en quinto, con respecto al TF (intertextualmente). Será coherente intratextualmente cuando el receptor interpreta la información como coherente en sí misma y en relación a su situación. Será coherente intertextualmente cuando haya una relación entre texto fuente y texto meta que variará en función del *skopos*.

Por último, vamos a mencionar otros dos conceptos clave de la teoría del *skopos* (Vermeer, 1996): la equivalencia y la adecuación. Vermeer describe la equivalencia como la adecuación al *skopos*, es decir, un texto es equivalente si la traducción o interpretación cumplen la misma función comunicativa que el texto o discurso original. Si, en cambio, el cliente asigna al traductor o intérprete una función distinta a la del texto o discurso origen, estos tendrán que adecuarlo a la finalidad del nuevo encargo.

### 2.3.1.3. Intencionalidad

Una vez explicada la teoría del *skopos*, vamos a analizar nuestra «neutralidad» desde el punto de vista de la intencionalidad. Según Vermeer (1996), el resultado de una traducción o interpretación es adecuado y equivalente cuando cumplen con la finalidad y la función para la que fueron designadas de forma coherente. Entonces, ¿podríamos afirmar que un intérprete es neutral cuando logra este objetivo? Si no analizáramos este factor desde el constructivismo radical, e incluso haciéndolo, podríamos aceptar que nos estamos aproximando a una noción más realista de «neutralidad». ¿Por qué añadimos el condicional «si no analizáramos este factor desde el constructivismo radical»? Por el simple hecho de que no podemos transmitir a otros individuos nuestros significados o relaciones conceptuales para que las entiendan de la misma forma que nosotros, pero sí podemos ajustarlos intersubjetivamente para que lo que comprendan sea algo «parecido».

Volvamos al ejemplo del principio de nuestra hipótesis. El emisor transmite un mensaje (M) al intérprete en una lengua A (IA) y le explica que lo emite con la finalidad I (fI), que el intérprete debe mantener al trasladar el mensaje a la lengua B (IB). El mensaje, por tanto, cumplirá una función comunicativa:



*Adaptación del modelo comunicativo de Shannon y Weaver, 1949.*

De nuevo, esto solo sería posible si fuéramos máquinas:

$$\mathbf{M (IA) + f1 = M (IB) + f1 = \text{neutralidad } ;?}$$

$$\mathbf{E + f1 = I + f1 = R + f1}$$

Por el simple hecho de hablar para explicar al intérprete la finalidad del emisor al producir el mensaje, puede darse un malentendido. Lo que proporciona el emisor es información que será percibida por el intérprete según los contenidos y estados mentales que ha construido y con los que ha creado su realidad, que serán distintos a los del emisor, y por consiguiente, a los del receptor. En el mejor de los casos, lo que perciba y procese el intérprete será similar a la finalidad buscada por el emisor, y así se lo transmitirá al receptor. De nuevo, en el mejor de los casos, este lo percibirá y procesará de forma similar (que nunca exacta) al emisor y el intérprete:

$$\mathbf{M (IA) + f1 \approx M (IA>IB) + f2 \approx M (IB) + f3}$$

$$\mathbf{E + f1 \approx I + f2 \approx R + f3}$$

En el peor de los casos, se producirá uno de los así llamados «malentendidos» y, por tanto, la comunicación presentará fallas.

### 2.3.2. Variable idiomática

En este apartado nos centraremos en la lengua. Se expondrá una teoría que consideramos de gran interés y que ha sido desarrollada por el economista Keith Chen. Nos servirá como ejemplo para ilustrar cómo el idioma que hablamos altera nuestro modo de construir según qué aspectos de nuestra realidad. Como ya hemos explicado previamente, el ser humano construye sociedades formadas por individuos con los que comparte ciertas experiencias semejantes. Estas similitudes son las que les permiten agruparse. Ahora vamos a dividir las sociedades en función del idioma que hablan. Según la teoría de Chen (2012), la lengua que hablamos determina nuestra forma de ahorrar. Este economista chino criado en EE.UU. se sintió fascinado desde niño por las enormes diferencias existentes entre el chino y el inglés. Proporcionó el ejemplo de cómo se dividen los espectros temporales en ambos idiomas: en chino no existe una modificación verbal al hablar de presente, pasado y futuro; en cambio, en inglés es necesario emplear distintas formas verbales para referirnos a estos tiempos. Lo mismo sucede en alemán, que es otra lengua germánica. Según su teoría, cuando la lengua que hablamos posee en su sistema gramatical tiempos futuros, vamos a tender a disociar los acontecimientos presentes de los futuros, de modo que vamos a considerar a estos últimos como sucesos que se encuentran distantes en el tiempo, lo que nos va a hacer mucho más difícil ahorrar. Al realizar su investigación comprobó que, efectivamente, los países europeos que no tenían tiempos futuros en sus sistemas gramaticales eran los que poseían un porcentaje mayor de ahorros sobre el PIB. Posteriormente, analizó a una serie de familias en las que se hablaban dos lenguas oficiales. Consiguió que todas las demás variables fueran casi idénticas (edad, sexo, religión, estatus social, etc.) y, aun después de haber endurecido el mecanismo de control, obtuvo como resultado que la probabilidad de ahorro de las familias que hablaban un idioma sin tiempos futuros era de un 30% mayor. Además, en el momento de su jubilación, habrían conseguido un 25% más de ahorros que una familia en la que se hablara una lengua con tiempos futuros. Una vez concluido este análisis, Chen decidió llevarlo más lejos y analizar cómo estos dos tipos de sistemas lingüísticos afectaban también a la probabilidad de ser obeso o de fumar. Se basó en la tesis de que el exceso de comida y el tabaco proporcionaban un placer inmediato a cambio de un daño futuro, al contrario que el ahorro, que proporcionaba un placer futuro en sacrificio de un placer inmediato. Como era de esperar, el resultado fue que los países en los que se hablaban tiempos sin futuro

tenían una probabilidad menor de fumar de entre un 20-24% y entre un 13-17% de estar obesos (Chen, 2012).

Según esta teoría, se llega necesariamente a la conclusión de que el economista considera que la lengua que empleamos contribuye a conformar nuestras estructuras mentales, que son aquellas a través de las cuales percibiremos la información que recibimos del medio de una forma u otra, con la consecuencia de que, al final, nuestras construcciones de la realidad serán distintas también en función del idioma. Esto mismo enunciaba uno de los científicos que constituyó los pilares del constructivismo, Jean Piaget, en su obra «El lenguaje y el pensamiento en el niño» (Piaget, 1923). Por tanto, este es otro elemento que afecta a la «neutralidad», especialmente entre personas cuyas lenguas maternas poseen sistemas lingüísticos totalmente distintos.

De nuevo, vemos cómo solo podemos aspirar a una precisión comunicativa, pero nunca a la exactitud. Y, si siempre va a suceder así, ¿por qué no planteamos la existencia de una «neutralidad» que lleve implícita en su naturaleza la noción de inevitable subjetividad? Si así fuera, podríamos comenzar a hablar con propiedad de este concepto tan vagamente definido a lo largo de la historia de la interpretación.

Poco a poco vamos acercándonos a una nueva definición más precisa de modo que, al final del presente trabajo, podremos dar respuesta a las cuestiones que nos hemos estado planteando a lo largo del mismo.

### **2.3.3. Variable sonora**

Una vez analizada la variable idiomática, vamos a tratar un aspecto al que no se otorga la suficiente importancia en la interpretación, tanto a nivel didáctico como profesional: el factor sonoro.

En general, en las clases de interpretación de los centros de enseñanza, se hace demasiado hincapié en el contenido del producto que sale de las cabinas, pero muy poco en la forma. Lo mismo sucede con los sistemas de evaluación. Sin embargo, ¿a quién no le molesta escuchar una voz «desagradable» o con un tono excesivamente grave o agudo?

Por este motivo, en este apartado se hablará del tema del sonido y de cómo éste también puede influir en la calidad de la interpretación, en la neutralidad y en nuestra percepción de la realidad.

### **2.3.3.1 Características**

En primer lugar, vamos a tratar de definir el sonido que el ser humano puede captar. Consiste en ondas sonoras que provocan oscilaciones de la presión del aire, las cuales se transforman en ondas mecánicas en el oído humano y son percibidas por el cerebro. En su propagación se produce un transporte de energía sin materia, y las vibraciones del sonido se generan en la misma dirección que su propagación, lo que causa que se genere una onda longitudinal.

En segundo lugar, enumeraremos las cuatro cualidades que caracterizan al sonido: la intensidad, el timbre, el tono y la duración. A continuación, describiremos brevemente cada una de ellas.

La intensidad se puede medir en función de un «umbral» de sensibilidad en el cual el individuo comienza a captar una sensación. Este umbral auditivo es la intensidad mínima que se necesita para que una persona oiga, y el umbral de dolor la intensidad máxima que es capaz de soportar.

El timbre nos permite identificar fuentes de sonido diferentes.

Gracias al tono discernimos los sonidos graves, a través de los que captamos el ritmo y la entonación, y a través de los agudos discriminamos los fonemas, que son las unidades fonológicas más pequeñas.

Por último, la duración posibilita que distingamos entre sonidos cortos y largos cuando el resto de parámetros son idénticos.

Con respecto a los sonidos que el ser humano capta, solo podemos sentir aquellos que tienen unas frecuencias de entre 20 y 20.000 vibraciones por segundo. Esta frecuencia se mide en hercios (Hz) y la voz humana se encuentra entre 250 y 3.000 Hz (con excepción de algunos fonemas). Por supuesto, existen diferencias entre la masculina (100-200 Hz) y la femenina (150-300 Hz), que es más aguda.

### **2.3.3.2. La voz**

Una vez explicadas estas características, vamos a hacer referencia a los estudios de una experta en el ámbito de la comunicación, Emma Rodero Antón (Rodero, 2001), que, como nosotros, defiende la importancia de los aspectos formales de la misma.

Ella (Rodero, 2001: 1) sostiene que nuestra personalidad se refleja en nuestra voz y condiciona nuestras relaciones sociales. De hecho, está demostrado que la voz y

la forma de comunicar pueden acabar con nuestra atracción hacia una persona (Glass, 1994: 205-206).

En el ámbito de la interpretación, está claro que no resulta agradable escuchar a una persona que mantiene un tono dubitativo constante al comunicarse, que posee una voz extremadamente grave o aguda, que habla con una intensidad excesivamente elevada o tan baja que se necesita hacer un esfuerzo para entenderla. Todos estos factores pueden provocar que nuestra percepción de la prestación realizada por el intérprete nos resulte poco creíble (voz dubitativa), desagradable de escuchar (intensidad, tono), o todo lo contrario, puede resultar que su prosodia sea tan agradable y comunicadora que, aunque nos estén transmitiendo una incoherencia, la aceptemos como válida sin percatarnos del error (predominio de la forma sobre el contenido). Sin embargo, ¿qué considera o no agradable el oído humano?

Emma Rodero llevó a cabo una investigación utilizando las voces de diversos locutores y locutoras de radio profesionales. Las clasificó en función del tono medio y del sexo de los mismos y trató de evitar que las diferencias entre tonos fueran demasiado exageradas. El resultado que se obtuvo para las voces masculinas fue de más del 80% de la muestra que optó por la voz más grave del grupo como la más agradable de todas. Según los participantes en el experimento, esa voz les transmitía una sensación de credibilidad, seguridad y tranquilidad (Rodero, 2001: 4-10).

Por otra parte, en cuanto a las voces femeninas, algo más del 45% votó también por la más grave, lo que indica que el resultado no fue tan rotundo como en las masculinas, sino que también se toleraban los tonos medios-altos en las mujeres. Las sensaciones que los participantes recibieron con la voz grave femenina fueron las mismas que con la masculina (Ibid.: 4-10).

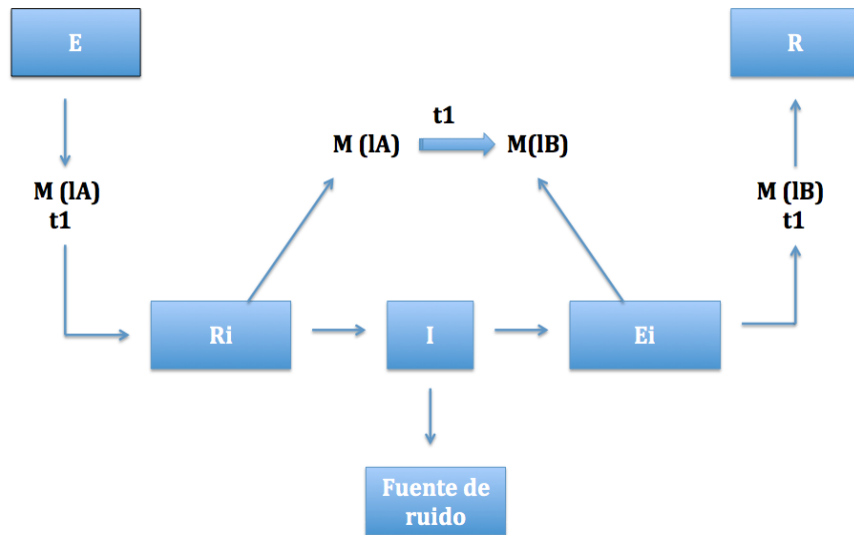
Como vemos, de nuevo estamos tratando un factor totalmente subjetivo que interviene en la comunicación en general, y en la interpretación en particular. La voz es un elemento que nos caracteriza, nos hace únicos, y al que se le debería otorgar una mayor importancia en la didáctica.

### **2.3.3.3. Neutralidad en el sonido**

En este apartado vamos a comenzar con nuestro ejemplo habitual para demostrar la falta de neutralidad como consecuencia de la propia voz de los individuos. El emisor

expresa un mensaje en un tono 1 de enfado (t1). Se nos presentan dos opciones (o1 y o2):

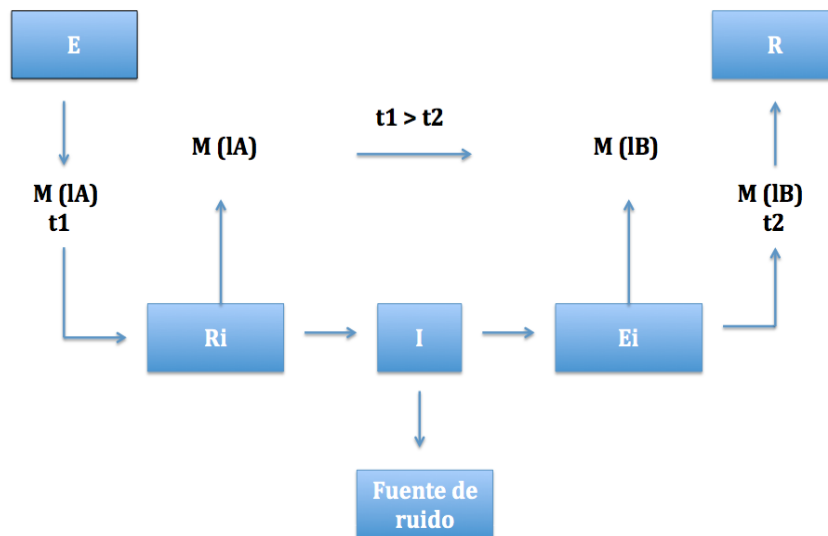
**OPCIÓN 1**



*Adaptación del modelo comunicativo de Shannon y Weaver, 1949.*

En la primera opción (o1), el intérprete decide mantener el tono de enfado al transmitirle el mensaje al receptor. Por supuesto, no sabemos cuál es el estado del intérprete en ese momento (puede estar también enfadado, alegre, aburrido, etc.).

**OPCIÓN 2**



*Adaptación del modelo comunicativo de Shannon y Weaver, 1949.*

En la segunda (O2), el intérprete transmite el mensaje al receptor en un tono plano (t2) que no denota emoción alguna.

Según el criterio de la «estricta naturalidad», ¿es más correcta la primera o la segunda opción?

**OPCIÓN 1:  $M (IA) + t1 = M (IB) + t1 = \text{neutralidad } ¿?$**

**$E + t1 = I + t1 = R + t1$**

**OPCIÓN 2:  $M (IA) + t1 \neq M (IB) + t2 = \text{neutralidad } ¿?$**

**$E + t1 \neq I + t2 = R + t2$**

Según nuestro criterio, de nuevo, ninguna de las dos es «estrictamente neutral». Solo los propios sujetos conocen sus estados mentales, que son intransferibles. Por una parte, el factor sonido (tono, timbre, intensidad, duración) puede provocar interferencias, distorsiones y malentendidos en la comunicación precisamente por dos motivos. En primer lugar, nuestros sentidos van a percibir la longitud de onda de manera distinta; existen personas con problemas auditivos, pero también podemos proporcionar el ejemplo de los músicos, cuyos oídos son muy refinados, lo que les permite captar sutilezas que otro individuo probablemente no percibirá. En segundo lugar, porque una vez percibido el sonido a través del oído, el cerebro lo interpretará de una forma determinada en función de los estados y contenidos mentales del individuo que, como ya sabemos, se construyen de manera individual a través de las experiencias con las que se configura su conocimiento (Von Glasersfeld, 1996: 14). Por otra parte, también hemos introducido en el esquema el posible factor ruido, que puede alterar, dificultar o impedir la recepción del mensaje tanto por parte del intérprete (receptor intermedio) como del receptor (destinatario).

El resultado de todo esto es que, de nuevo, vemos que la «estricta neutralidad» no existe. Sin embargo, como en el presente trabajo se está intentando proporcionar una noción clara del término, defenderemos que la opción más aproximada al punto medio y «neutral» en cuanto a preferencia sería la 1, ya que el acto de interpretar no solo implica trasladar contenidos de forma plana. Existen discursos exaltados, emotivos, serios, alegres...y es también labor del intérprete transmitir, de la forma más precisa posible



(nunca exacta), el tono del emisor al receptor o receptores ya que, al fin y al cabo, esto está estrechamente vinculado con la finalidad y la función del texto (teoría del *skopos*).

$$\mathbf{M (IA) + t1 \approx M (IA>IB) + t2 \approx M (IB) + t3}$$

$$\mathbf{E + t1 \approx I + t2 \approx R + t3}$$

### **2.3.4.Variable cultural**

Finalmente, y para concluir con nuestras variables, vamos a analizar la cultural. En primer lugar, es necesario recordar que los individuos que comparten unas experiencias similares acuerdan una serie de convenciones y se reúnen en grupos sociales. No olvidemos que, ante todo, la teoría social del constructivismo radical pretende ser útil. Así, nos encontramos en el mundo con asociaciones de individuos que comparten la misma cultura, la misma ideología, el mismo estatus social, la misma profesión, etc. A lo largo de la historia, las sociedades han ido evolucionando hasta llegar a la vasta diversidad cultural existente en nuestro mundo actual. Sin embargo, no se puede decir que el desarrollo haya sido homogéneo, y ello se refleja en todos los aspectos incluido, cómo no, el de la comunicación.

En este ámbito nos encontramos con la figura del escritor y poeta Octavio Paz, que decía en su obra «Traducción: literatura y literalidad» (1971) que ningún texto es enteramente original porque el lenguaje, en sí mismo, es una traducción: primero, del mundo no verbal y segundo, porque cada signo y cada frase son traducción de otro signo o frase. Según él, eso sí, el lenguaje vuelve habitable el mundo (Paz, 1971: 6).

La reflexión de Paz resulta interesante en cuanto a que, al hablar, podría decirse que estamos traduciendo nuestros pensamientos a palabras, del mismo modo que cuando un intérprete realiza su trabajo, estaría traduciendo una traducción. Gracias a esta traducción de contenidos mentales a palabras que forman parte de un sistema lingüístico podemos comunicarnos, al mismo tiempo que la lengua se constituye en un nexo de unión entre sociedades que han dado forma y ajustado su visión del mundo a su acomodo. Esto implica necesariamente que las palabras que se emplean encierran ideologías (Foucault, cit. Vidal, 2010: 109). Esta teoría fue desarrollada en la obra de Michael Foucault «La microfísica del poder» (1977), que sin duda es una de las más relevantes en traductología. Él sostenía que el lenguaje que utilizamos, las palabras que

elegimos o las que eligen por nosotros, son las que sin darnos cuenta van creando una ideología que termina siendo determinante (Ibid.).

De nuevo, vemos que el mero hecho de hablar no es neutro. Volvemos a las palabras de Octavio Paz, que afirmaba que «cada lengua es una visión del mundo y cada civilización es un mundo.» (Paz, 1981:8).

Un intérprete sabe (o debería saber) que al actuar como vínculo entre dos culturas es muy difícil, por no decir imposible, situarse en tierra de nadie («neutralidad»).

#### **2.3.4.1. Narrativas**

En este punto nos resulta de especial relevancia hacer una breve referencia a la profesora Mona Baker y a sus narrativas, que son, según ella, los instrumentos de la mente a los que se recurre para construir la realidad (Baker, 2005: 5 ss.). Las divide en cuatro tipos. En primer lugar, la ontológica, que se refiere al modo en que percibimos nuestra historia; en segundo lugar, la pública, que circula entre instituciones como la familia o los gremios políticos; la conceptual, que consiste en nociones creadas por investigadores que se acaban imponiendo en la sociedad; y, por último, las meta narrativas, que ponen en entredicho los discursos al uso en teoría de la traducción e interpretación (Ibid.: 7).

Los intérpretes se situarían idealmente en un punto intermedio entre narrativas para permitir la comunicación siempre que existan obstáculos. Sin embargo, lo cierto es que ellos mismos están inmersos de lleno en las propias narrativas, de las que no pueden escapar por el simple hecho de pertenecer a la especie humana. Por tanto, una vez más, la «neutralidad» o «situación entre narrativas» no existiría.

#### **2.3.4.2. Identidad**

Por último, vamos a hacer mención a la identidad como separación del otro. Al configurar sus naciones, culturas y civilizaciones, los seres humanos han creado un sentido de identidad que los ha ido separando gradualmente los unos de los otros. Las guerras de poder y de religión, las conquistas y demás conflictos acaecidos a lo largo de la historia han ido configurando una serie de ideologías y fronteras no solo físicas, sino también mentales.

El imperialismo es un concepto que surgió del colonialismo. El término indica el control que ejerce un estado sobre la soberanía de otro u otros a través de la fuerza, la colaboración política, la economía o la dependencia cultural. De aquí nacieron afirmaciones tales como: «algunos territorios necesitan ser dominados», «existen países o razas inferiores», etc. (Said, 1993: 134).

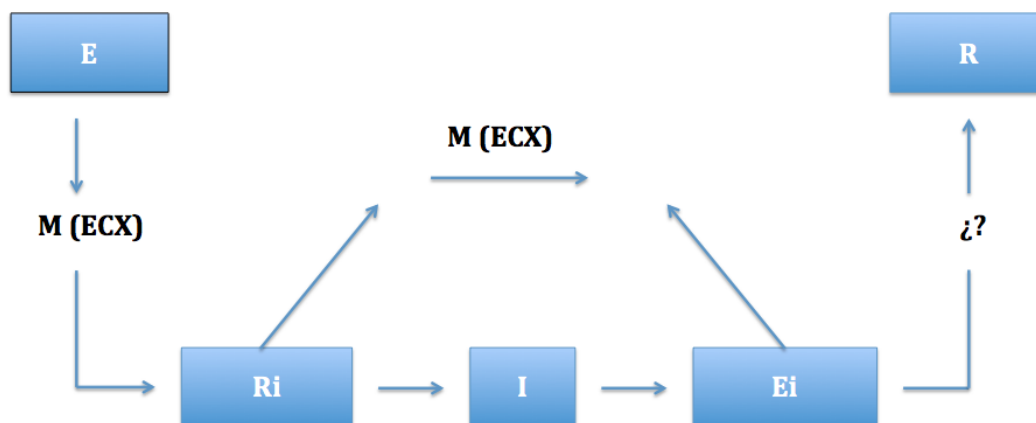
Es a partir del s. XX cuando se aprecia la conciencia de las diferencias y divisiones entre culturas. Gracias a los intercambios comerciales y al desarrollo de las tecnologías, se produce una globalización que provoca que se vayan superando esas barreras culturales, y cada vez se van asimilando más elementos «extranjeros». Los movimientos migratorios también favorecen estos intercambios hasta el punto de que hoy en día es imposible no darse cuenta, por ejemplo, de la influencia de los españoles en Latinoamérica o de los Británicos en la India.

De este modo, el lenguaje se ha empapado también de todos estos aspectos culturales. Franz Fanon pronunció la siguiente frase: «[...] hablar significa asumir una cultura y soportar el peso de una civilización» (Fanon, 1986: 17-18). Al hablar asumimos una cultura, de modo que el intérprete siempre se va a situar en una posición que puede estar más o menos alejada, pero nunca se encontrará en el centro («neutralidad») por el hecho de estar adscrito a unas convenciones sociales, a una cultura y, por tanto, a una cosmovisión.

#### **2.3.4.2.1. Domesticación y extranjerización**

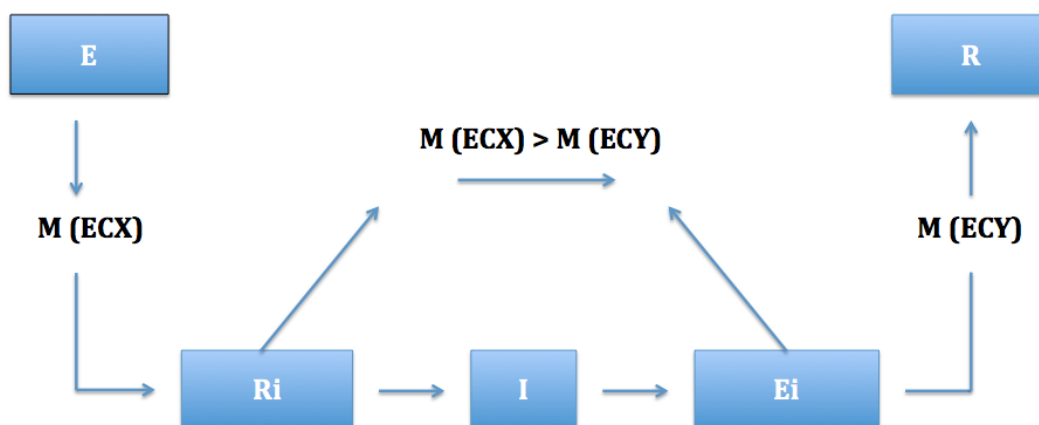
Es aquí, en este punto, donde entran en juego los conceptos «extranjerización» y «domesticación», que están directamente relacionados con la identidad, ya que, en muchas ocasiones, el intérprete se encontrará con elementos propios de una cultura que no serán trasladables de una lengua a otra. En esos casos, deberá elegir entre «domesticar» dichos elementos o «extranjerizarlos» (Venuti, 2004: 20). Volveremos por última vez a nuestro ejemplo para aclarar esto. ECX será el elemento cultural X, ¿? simbolizará la falta de comprensión por parte del receptor y ECY será un elemento cultural en la cultura del mismo, que le servirá de «equivalente» para ECX. Tenemos, de nuevo, dos opciones:

**EXTRANJERIZACIÓN**



*Adaptación del modelo comunicativo de Shannon y Weaver, 1949.*

**DOMESTICACIÓN**



*Adaptación del modelo comunicativo de Shannon y Weaver, 1949.*

En el primer caso, tenemos un elemento cultural incomprensible para el destinatario de la comunicación. Al extranjerizarlo, el intérprete no modifica el elemento «extranjero» lo que hace que, si no se acompaña de una explicación emitida por parte del propio intérprete, el receptor no comprenda el contenido del mensaje al completo. En esta extranjerización, el intérprete se sitúa inevitablemente en una posición más próxima al emisor.

Por el contrario, si decide evitar el elemento incomprensible y sustituirlo por una especie de equivalente en la cultura de destino, se estará favoreciendo la posición del receptor en detrimento de la pérdida de información cultural de la parte del emisor.

Lograr no favorecer a ninguno («neutralidad») se torna de nuevo imposible. Sin embargo, después de haber realizado este análisis exhaustivo de los diversos factores de la comunicación que impiden que exista una neutralidad, entendida como la adopción del intérprete de una posición en la que no se favorezca a ninguna de las partes y, por ende, en la que sus propios contenidos o estados mentales no se transfieran a la comunicación de los otros interlocutores, podemos afirmar lo siguiente:

En primer lugar, la neutralidad tal y como se entiende en el mundo actual de la interpretación no es posible bajo ningún concepto.

En segundo lugar, jamás un intérprete podrá aspirar a alcanzar un papel secundario o invisible en la comunicación.

En tercer y último lugar, no existe ningún remedio ni técnica que nos permita alcanzar la exactitud a la hora de posibilitar la comunicación allá donde existan barreras, solo podremos aspirar a una precisión que sirva a nuestro propósito y objetivo último: poder interactuar y convivir en un mundo en el que cada individuo construye su propia cosmovisión a partir de sus experiencias únicas e intransferibles.

Para acabar de plantear este estado de la cuestión, vamos a tratar de proporcionar una noción más asequible y realista del concepto «neutralidad» en interpretación. El primer paso consiste en la aceptación de la inexistencia de una realidad objetiva y, por tanto, la imposibilidad de alcanzar una transmisión de información libre de interferencias por parte del intérprete. Dado que jamás se podrá situar en un punto intermedio que no favorezca a nadie y en el que él mismo no participe de la comunicación de manera activa, nuestro concepto de neutralidad consistirá en lo siguiente:

Un intérprete será neutral si cumple con su labor social, es decir, posibilitar la comunicación allá donde existan barreras culturales, desde el respeto y la tolerancia, sin intentar desfavorecer de forma consciente a ninguna de las partes por ningún motivo. Tanto el intérprete como el resto de interlocutores serán sabedores de que el primero será un elemento activo en la comunicación y de que lo máximo a lo que podrá aspirar será a la precisión, pero nunca a la exactitud, a la viabilidad, pero no a la verdad.

24 de junio de 2016

De este modo, teniendo en cuenta las cuatro variables que hemos analizado a lo largo de este apartado, el resultado neutral será, en todo caso:

$$\mathbf{M (IA) \approx M (IB) \text{ pero nunca } M (IA) = M (IB)}$$

### 3. Conclusiones

Nuestra motivación a la hora de realizar el presente trabajo ha sido mostrar la complejidad del concepto de neutralidad tal y como se plantea en el ámbito de la interpretación tanto a nivel profesional (códigos deontológicos) como didáctico (escuelas de interpretación).

Partimos de la hipótesis de que un intérprete no puede actuar como un mero actor secundario en la transmisión de información. Nuestro enfoque ha estado centrado en la corriente del constructivismo radical desarrollada por Ernst von Glasersfeld, que se basó en los estudios de otros importantes filósofos y científicos como Giambattista Vico, Jean Piaget, Humberto Maturana o Francisco Varela.

Se trata esta de una teoría filosófica que, como ya hemos visto, establece que no existe una realidad objetiva y, por tanto, tampoco una verdad absoluta. Los individuos construyen su visión de la realidad a partir de la información que reciben del medio a través de los sentidos, la cual interpretan y ajustan en su cerebro, que es considerado un subsistema y, poco a poco, a través de sus experiencias únicas e intransferibles, van construyendo su conocimiento y su modo de ver la realidad, que será la que más se ajuste a su acomodo. Al ser las experiencias de cada sujeto únicas, los significados y relaciones conceptuales no podrán transmitirse entre individuos. La aparentemente simple palabra «coche» no posee el mismo significado para dos personas (Maturana y Varela, 1985: 110 ss).

Por otra parte, en el apartado 2.1, hemos explicado que los seres humanos somos una especie social, sentimos la necesidad biológica de agruparnos. La teoría social del constructivismo radical establece que los individuos que dispongan de experiencias y contenidos mentales similares podrán negociar y crear acuerdos para configurar una cosmovisión común y, por tanto, una asociación. Al fin y al cabo, el constructivismo radical pretende alcanzar una utilidad (von Glasersfeld 1996: 14 ss.).

Ya hemos comprobado que, mientras que la verdad absoluta no existe, sí que se puede alcanzar una viabilidad que, dentro de las limitaciones mentales del individuo, le permitirán sobrevivir y relacionarse con otros que compartan ciertas experiencias similares a las suyas. La viabilidad en una realidad basada en la experiencia equivaldría, por tanto, a la verdad absoluta en una realidad objetiva (Ibid.).

Una vez explicada esta teoría y demostrada la inexistencia de «neutralidad» según su significado actual, establecimos tres objetivos. El primero consistió en encontrar una definición lo más adecuada posible para el término en el ámbito de la interpretación.

El segundo fue demostrar la existencia de notoriedad en la figura del intérprete en la comunicación.

Por último, se pretendía proporcionar una respuesta a la cuestión de si sería posible solventar el «problema» para poder aspirar a la «estricta neutralidad» que nos plantean los códigos deontológicos.

En el apartado 2.3. llevamos a cabo un análisis exhaustivo de cuatro variables que provocaban la pérdida de neutralidad: la comunicativa, la idiomática, la sonora y la cultural.

Una vez expuesta la teoría de von Glasersfeld pusimos en evidencia la imposibilidad de pretender alcanzar una neutralidad, entendida esta como la no participación en ninguna de las opciones de conflicto, debido a la propia subjetividad inherente al ser humano, que no es poseedor de la verdad absoluta en ningún caso y que no puede transmitir significados de palabras o relaciones conceptuales de otros individuos.

Después, en el apartado 2.3.1, analizamos el mensaje desde el punto de vista de la semántica, de la función y de la intencionalidad. Para ello nos servimos de una serie de teorías. En primer lugar, la de la Tierra Gemela de Hilary Putnam (1975), que rechazamos por contradecirse con los principios del enfoque del que partimos. En segundo lugar, de la teoría del *skopos* de Hans Vermeer (1996) que nos sirvió para reforzar nuestra hipótesis de la no neutralidad ya que, de nuevo, es imposible transmitir relaciones conceptuales, palabras o, en este caso, intenciones, entre individuos. Después, en el apartado 2.3.2., analizamos la teoría del economista Keith Chen (2012), que sostenía que la lengua que hablamos afecta a nuestra capacidad de ahorrar, entre otros. En este análisis hemos apoyado la teoría de que la lengua forma parte de nuestras estructuras mentales y, por tanto, condiciona nuestro modo de interpretar la información (pensar).

El sonido, como hemos visto en el apartado 2.3.3., también es un elemento repleto de subjetividad. La propia voz de una persona nos puede resultar más o menos agradable en función de su tono (Rodero, 2001). Además, las otras propiedades del



sonido influyen directamente en si un discurso nos resulta creíble, inverosímil o totalmente factible a pesar de que carezca de sentido. Se trata este de un elemento estético que mina completamente la noción de «neutralidad».

Finalmente, tal y como señalamos en el apartado 2.3.4., los seres humanos que comparten una serie de experiencias similares y se agrupan en sociedades van conformando ideologías, culturas y convenciones. A lo largo de la historia se han producido numerosos acontecimientos que han intensificado las diferencias entre los grupos sociales y, a raíz de ello, han surgido conceptos como imperialismo, racismo, machismo, xenofobia, etc. Con el desarrollo de la globalización, las diferencias se han ido atenuando, lo que ha dado lugar a la apertura de barreras, al intercambio y a la asimilación de ciertos elementos culturales propios de un grupo por parte de otros. El intérprete siempre formará parte de uno de estos grupos y se verá inevitablemente influenciado por él. Además, se verá obligado constantemente a «moverse entre culturas» en busca de la posición más adecuada posible, que nunca será central, ni mucho menos neutral.

Una vez llevado a cabo este análisis, y retomando los objetivos en el orden establecido al comienzo de este apartado, los resultados y conclusiones que hemos obtenido han sido los siguientes:

En primer lugar, nuestra definición de neutralidad en el ámbito que estudiamos consiste en prestar un servicio de interpretación que posibilite la comunicación en contextos en los que existan barreras desde el respeto y la tolerancia, de forma que no se perjudique de forma consciente e intencionada a ninguno de los interlocutores. Además estos, así como el intérprete, serán conscientes de que lo máximo a lo que se pretende aspirar es a la precisión, pero nunca a la exactitud a la hora de transmitir la información; es decir, a la viabilidad, pero nunca a la verdad.

En segundo lugar, a lo largo del análisis realizado se ha ido explicando el porqué de la notoriedad de la presencia del intérprete, que se deriva de la propia manera que tiene el ser humano de construir su cosmovisión. No solamente es un partícipe en la comunicación tan activo como el resto de interlocutores a los que interpreta, sino que también realiza su contribución al verter sus propios significados, relaciones conceptuales e ideologías, no solo en el lenguaje que utiliza, sino también en su forma. No olvidemos que, en la interpretación, así como en cualquier otro tipo de comunicación, no solo importa lo que se dice, sino cómo se dice.

En tercer y último lugar, hemos puesto de manifiesto que no existe la posibilidad de aproximarse a una neutralidad tal y como se entiende hoy en día en el ámbito de la interpretación. Por supuesto, comprendida desde la definición aportada en esta investigación, no solo sí se puede alcanzar dicha neutralidad, sino que también se debe lograr para poder llevar a cabo un trabajo competente y ético.

Para concluir, nos gustaría añadir que esperamos que el presente trabajo sirva de utilidad para que poco a poco se vaya abandonando la noción de «estricta neutralidad» que se inculca actualmente a los futuros intérpretes, y que los que son ya profesionales la aparten a un lado para aprehender un concepto menos vago y más asequible como es el de la neutralidad entendida desde la «no neutralidad».

El fin último es fomentar el entendimiento y definir de forma más precisa lo que implica la existencia de una profesión tan «joven» como lo es la interpretación, pero que a su vez desempeña un rol social tan fundamental. Al fin y al cabo, están en juego nada más y nada menos que los derechos de los intérpretes profesionales, su necesidad de vivir en unas condiciones dignas y el papel futuro que desempeñarán en la sociedad.

#### 4. Bibliografía

Antón, Emma Rodero. *El tono de la voz masculina y femenina en los informativos radiofónicos: un análisis comparativo*. Ciencias de la Comunicación, Universidad Pontificia de Salamanca, Valladolid, 2001.

Baker, Mona. *Narratives in and of Translation*. Skase Journal of Translation and Interpretation 1, nº1, 2005.

Bhabbha, Homi K. *El lugar de la cultura*. Ediciones Manantial, 2007.

Bhabbha, Homi K. *Nation and Narration*. Psychology Press, 1990.

Carbonell i Cortés, Ovidi. *Traducir al Otro: Traducción, exotismo, post-colonialismo*. Ediciones de la Universidad de Castilla – La Mancha, 1997.

Chen, Keith. «Could your language affect your ability to save money?», junio de 2012.

Claramonte, María Carmen África Vidal. *Traducción y asimetría*. Peter Lang, 2010.

Cubero, Rosario. *Perspectivas constructivistas. La intersección entre el significado, la interacción y el discurso*. Barcelona, España: Editorial Graó, 2005.

Elastix. «ElastixTech.»

<http://elastixtech.com/fundamentos-de-telefonía/transmision-de-la-voz/>.

Fanon, Frantz. *Black Skins, White Masks*. Londres: Pluto Press, 1986.

Foucault, Michael. *La microfísica del poder*. 2ª edición. La piqueta, 1977.

H. Russell, Bernard; Gravlee, Clarence C., *Handbook Of Methods In Cultural Anthropology*. 2ª edición. Rowman & Littlefield, 2015.

Morin, Edgar. *Introducción al pensamiento complejo*. Gedisa, 1997.

Paz, Octavio. *Traducción: literatura y literalidad*. Barcelona, España: Tusquets, 1971.

24 de junio de 2016

Pereira, Tatiana Antonia Selva. *Algunos apuntes sobre la traducción cultural*. Universidad de Barcelona, Barcelona, España: «Transfer» V, 2010.

Potter, Jonathan. *La representación de la realidad. Discurso, retórica y construcción social*. Paidós Ibérica, 1998.

Putnam, Hilary. *The Meaning of Meaning*. Vol. 2. Cambridge University Press, 1975.

Said, Edward. *Culture and Imperialism*. Vintage Books, 1993.

Shannon, Claude E.; Weaver, Warren. *A Mathematical Theory of Communication*. The Bell System Technical Journal 27, 1949.

Steiner, George. *Después de Babel*. 3ª. Fondo de Cultura Económica, 2005.

Venuti, Lawrence. *The Translator's Invisibility: A History of Translation*. Londres/Nueva York: Routledge, 2004.

Vermeer, Hans J. *A Skopos Theory of Translation*. Heidelberg, Alemania: TextconText-Verlag, 1996.

Von Foerster, Heinz; von Glasersfeld, Ernst; M. Hejl, Peter; J. Schmidt, Siegfried; Watzlawick, Paul. *Einführung in den Konstruktivismus*. Vol. 5. München, Baviera: Piper Verlag, 1985.

Von Glasersfeld, Ernst. *Radikaler Konstruktivismus*. Berlín, Alemania: Suhrkamp, 1996.